

TERRY EAGLETON, *Literary Theory. An Introduction*, Oxford, Blackwell, 1996, 2ª edición, 252 págs.

I

La segunda edición de *Literary Theory*, de Terry Eagleton, uno de los libros hegemónicos en el campo de la teoría literaria durante el decenio de 1980 —la primera edición es de 1983—, brinda una excelente oportunidad para regresar a un texto que tal vez haya suscitado más aceptaciones que análisis, y más entusiasmos o detracciones que debates. Lo cual arroja una luz muy curiosa sobre un campo en el que adhesiones y rechazos comienzan a ser tan apasionados que hacen dudar de las necesarias garantías de distancia (¿científica?, ¿metodológica?) deseables para enfrentarse con los problemas de su esfera de competencia; y no es que la ciencia o el método ofrezcan mayores garantías de objetividad —también sobre la ciencia y sobre el método hay argumentos para todos los gustos—, sino que la persuasión sobre este tipo de teoría se acoge con más frecuencia y vehemencia de las deseadas a razonamientos de naturaleza específicamente política. Esta ansiedad, de manera inevitable, viene acompañada de un efecto indeseado que consiste en que se reduce el campo de observación. El análisis desinteresado, por el contrario, debe ampliarlo. Se cita con frecuencia la frase de Stendhal (*Rojo y negro*) de que la política es «un pistoletazo en medio de un concierto. Un ruido desgarrador sin ser enérgico». Pero en otro lugar de su obra (*La cartuja de Parma*) afirma el novelista que la política es «cosa grosera a la que, sin embargo, no puede negarse cierta atención». *Cierta atención*, pero no toda la atención, no la única atención, la atención exclusiva. Parece que los tiempos pretenden reclamar toda la atención para la política cuando del estudio de obras literarias se trate. Al menos en esto, Terry Eagleton, que sigue los usos de los tiempos, no oculta sus cartas.

Este libro, en su primera edición, se proponía no sólo informar al lector acerca de la naturaleza de la crítica literaria, sino ofrecerle unas medidas y meditaciones observaciones sobre los movimientos teóricos más salientes de la segunda mitad del siglo veinte: fenomenología, hermenéutica, teoría de la recepción, estructuralismo y semiótica, post-estructuralismo, y, en fin, psicoanálisis. Un último capítulo, ingeniosamente titulado «Conclusión: crítica política», invitaba al lector a reflexionar sobre la naturaleza política de las actividades relacionadas con los complejos procesos de la literatura. La crítica política, sin embargo, de forma implícita, no había estado ausente en ninguno de los capítulos precedentes.

La segunda edición del libro reproduce de forma íntegra el texto original, pero se le ha agregado un par de páginas de advertencia previa, y ha crecido, hacia el final, en una veintena escasa de páginas que, como titubeante guardaespaldas, protegen la formidable argumentación de Terry Eagleton.

En la ya algo lejana primera edición de este libro, había una serie de afirmaciones que presumiblemente tenían que sobresaltar al lector que se acercara a conocer los principios de la teoría literaria expuestos a través de sus páginas. Voy a recoger algunas de ellas.

La primera, el pórtico por el que se entra a la arena en la que se debaten las escuelas, se refiere a la idea de que la propia categoría de *literatura* sea o pueda ser ob-

jetiva. Según Terry Eagleton esta categoría no es eterna ni inmutable, nada está definitiva e indudablemente dado como literario; incluso un autor como Shakespeare puede dejar de considerarse representante de lo literario en cualquier momento. Lo que hoy no es literario, mañana podrá considerarse que sí lo es.

Tras dejar atrás las arenas movedizas de las definiciones de carácter general, puede el lector internarse en el mundo de los accidentes particulares. Dentro de las escuelas concretas sobre las que Terry Eagleton ofrece sus puntos de vista, destaca, sin duda, más que el contenido explícito de sus afirmaciones, la contundencia desdeñosa con las que las hace visibles. No traeré todos los ejemplos, ni siquiera aquellos ejemplos en los que el autor es más exageradamente enfático. Puede tener el lector la convicción de que estos ejemplos que va a leer representan el término medio de las reacciones críticas de Terry Eagleton.

«La Nueva Crítica [*New Criticism*] era, en sus raíces, un irracionalismo en estado puro, muy próximo a los dogmas religiosos (varios de los nuevos críticos americanos eran cristianos), y a la política agraria de derechas que se acogía al lema de 'sangre y patria'. Los valores que impulsaba en el campo de la lectura no eran menos curiosos: «Leer poesía al modo de los nuevos críticos consistía en no comprometerse con nada: todo lo que la poesía tenía que hacer era enseñar a ser 'desinteresado'; lo que fuera, cualquier cosa, se rechazaba de forma impecablemente imparcial, mediante sofismas, con serenidad».

¿La crítica fenomenológica?: «Es una crítica organicista, formalista, anti-histórica, esencialista e idealista, una suerte de destilación químicamente pura de todos los puntos ciegos, prejuicios y limitaciones de la teoría literaria moderna en su conjunto. Lo más impresionante y digno de consideración es el hecho de que logró que bajo su amparo hubiera autores (Poulet, Richard, Starobinski) que escribieron ensayos verdaderamente penetrantes». Convendrá el lector en que, sin duda, es impresionante.

Por su parte, el estructuralismo, que *desmistificó* los estudios literarios, no deja de tener inconvenientes, e incluso «hipotecas», sobre todo cuando se considera su ceguera con el problema del «cambio histórico»; pero, en el fondo, «el estructuralismo decora de nuevo la institución literaria, le proporciona una *raison d'être* más respetable y más atractiva que la simple sensiblería acerca de las puestas de sol». Poco más.

Hay que llegar virtualmente a las últimas páginas del libro, tras cruzar los desiertos de las diferentes escuelas literarias, para llegar al Canaán del psicoanálisis, el cual, en su vertiente literaria, según Terry Eagleton, se subdivide en cuatro grandes áreas de investigación, la que se aplica al autor, la que habla del contenido, la que analiza la estructura formal, y la que centra su atención en el lector. Terry Eagleton señala que, lamentablemente, una gran parte de estos análisis se ha orientado hacia los dos primeros tipos de estudios, los «más limitados y problemáticos». Casi todos los seguidores de estas prácticas se equivocan de una forma u otra; Harold Bloom, por ejemplo, se queda varado en el tremedal del humanismo: «Es humanismo llevado a una de sus fronteras, fundado en nada que no sea su propia afirmación, indeciso entre un racionalismo desacreditado, por una parte, y un intolerable escepticismo, por la otra». Las teorías de J. Kristeva son «peligrosamente formalistas y fácilmente caricaturizables». Invierte aquí Terry Eagleton, curiosamente, los principios que le servían para analizar la crítica fenomenológica: lo más impresionante y digno de consideración es el hecho de que la crítica psicológica logró que bajo su amparo hubiera autores (H. Bloom, J. Kristeva) que escribieran ensayos verdaderamente *tan poco* penetrantes.

Nada de esto, sin embargo, parece concluyente, porque el psicoanálisis, después de todo, se granjea el respeto del exigente crítico, debido a que es «una teoría al servicio de una praxis de cambio, y en ese contexto coincide con la política más radical».

Con esta escuela se concluye el repaso de la aportación intelectual del siglo xx al campo de la teoría de la literatura, y, como la clave respecto del arco, se corona todo el edificio con la crítica política, que aparece para redimir toda la teoría literaria precedente, y para dar sentido al estudio de la literatura.

¿Hay alguna posibilidad de que con las opiniones que he recogido las conclusiones de Terry Eagleton no estén tan prefijadas como el resto de su discurso? Aunque parezca mentira, sí. «La teoría literaria 'pura' es un mito de los estudiosos: algunas de las teorías examinadas en este libro son plena y claramente ideológicas en su intento de desdeñar tanto la historia como la política». La esfera de aplicación de este axioma abarca tanto el propio discurso cuanto la capacidad de modificar su orientación: «Teóricos de la literatura, críticos y profesores no son tanto suministradores de doctrina cuanto guardianes de ella».

Todo esto debe conducir a algún sitio, debe detenerse en algún punto, en alguna suerte de conclusión: «La conclusión lógica del proceso que comienza por reconocer que la literatura es una quimera consiste en reconocer que la teoría literaria también lo es».

El lector que espere una teoría marxista como corolario de todo lo dicho, según Terry Eagleton, se verá defraudado, lo que este desea es ampliar el campo de lo que tradicionalmente se ha llamado literario, y rebautizarlo como *prácticas discursivas* (Foucault), con lo cual se introducirían como objeto propio de estudio las canciones de Bob Dylan junto con las obras de Milton. Más aún: «Bien está que se estudie *King Lear* o las obras de Proust o los programas de televisión infantiles o la novela popular o las películas de vanguardia. El crítico radical es muy abierto respecto de estos asuntos: rechaza el dogmatismo que postula que Proust invariablemente merece más la atención que el estudio de los anuncios de televisión». Es decir, cuando el lector esperaba que todo lo antecedente se ordenara bajo las virtudes explicativas del marxismo más o menos refinado de su autor, con lo que se encuentra es con una mezcla de nihilismo acompañado de escepticismo lingüístico y formal. La crítica política se queda pues en el incómodo umbral por el que se llega al futuro, desde el que se advierte que nada de lo anterior sirve de mucho, mientras que lo que está por crear sólo satisface, al parecer, las demandas del mercado, un mercado que, bien analizado, quizá no sea tan inocente como pudiera parecer a primera vista.

II

Aquella primera afirmación, la de que la literatura deje de ser literatura, es poco seria. No cabe duda de que Shakespeare puede dejar de ser considerado como literario, en la misma medida en que puede dejar de ser Shakespeare; porque si su obra deja de considerarse literatura, es porque habrá dejado de existir la frontera actual de *literatura* como definición satisfactoria, no porque se haya alterado algo fundamental en la obra de Shakespeare, y no porque Shakespeare haya dejado de importar o porque su obra no esté cómodamente alojada bajo un nuevo epígrafe. Según Jorge Luis Borges «la literatura es un arte que sabe profetizar aquel tiempo en que habrá enmu-

decido, y encarnizarse con la propia virtud y enamorarse de la propia disolución y cortejar su fin». Lo que es bueno para Borges debe de ser bueno también para Shakespeare. Y si alguien desea retroceder hasta Aristóteles, ni siquiera para el filósofo la mezcla de géneros lograba que la literatura se evadiera de sus propios principios y condición: «aun en el caso de crear una obra mezclando toda clase de versos, como hizo Queremón en su *Centauro*, que es una rapsodia compuesta de toda clase de versos, sería necesario concederle el nombre de poeta».

Las afirmaciones del crítico británico conducen al relativismo radical, lo cual no es infrecuente en el discurso crítico contemporáneo, aunque lo sea en un autor que promueve la creencia en la crítica literaria política. Pero el hecho de que la literatura carezca de unas fronteras naturales como, por ejemplo, las de la entomología —el ejemplo es de Terry Eagleton—, no quiere decir que su naturaleza esté sometida a cualquier capricho clasificatorio; de hecho lo sorprendente no es que haya un «esencialismo» literario, que hoy en día no lo hay, sino, muy al contrario, que haya una cierta quebradiza confianza en la estabilidad de la definición de lo literario, y en que se mantenga esta frágil estabilidad a pesar del convencimiento que abriga el señor Eagleton de que Shakespeare pueda dejar de ser considerado el día menos pensado un autor «literario». En cualquier caso, cuando en una disciplina se han alterado las fronteras de su ámbito de comprensión, se ha seguido generalmente el rumbo de la mayor precisión y la mejor definición posible. Resulta impensable imaginar que Shakespeare deje de ser considerado un autor literario en el contexto de los conocimientos actuales, pero si ni la física ni las matemáticas tienen comprometidas eternamente sus fronteras actuales, ¿cómo iba a tenerlas la literatura? Ni Copérnico ni Newton han cambiado con los avances de la física, pero la verdad es que desde Einstein son diferentes. La posibilidad de estudiar las canciones de Bob Dylan, los anuncios de cereales, y aun las extravagancias de Madonna, ha estado siempre presente en el horizonte de los estudios de literatura, haber pensado cosa diferente significa tener un concepto de la literatura claramente reduccionista.

No merece la pena señalar los desacuerdos respecto de lo que pudiera decirse de las diferentes escuelas críticas a las que hace pasar Terry Eagleton por unos exámenes francamente despiadados, en los que las deficiencias de éstas se señalan como pecados cometidos contra la humanidad. No es tanto las opiniones de Terry Eagleton lo que parece desalentador, pues no parece que él mismo haya dedicado mucho tiempo a considerar los diferentes méritos de cada escuela literaria, sino que tal parece que ya hubiera decidido de antemano que estaban radicalmente equivocadas, que sus enfoques se comprometían con fines políticos claramente incompatibles con la perennemente diferida emancipación de la humanidad.

Pero sí merece la pena detenerse en sus conclusiones. Éstas, si se me autoriza un resumen no muy diferente de aquéllos de los que se sirve Terry Eagleton, reducidas a su esencia última, podrían definirse así: se trata de *un fenómeno discursivo en el que la literatura, convertida en un fetiche de una clase social, se ha adornado con las galas de la teoría para reforzar sus fronteras y sus valores*. La teoría de la literatura es ciega respecto de sus limitaciones, pues como advierte el propio Terry Eagleton en su epílogo a la nueva edición: «El nacimiento de la teoría es el momento en el que la práctica describe una curva sobre sí misma, para examinar sus propias condiciones de plausibilidad; y como esto es, por su propia naturaleza, imposible, porque no podemos elevarnos tirando de nuestros cordones de los zapatos, ni examinar nuestras formas vivas con la

frialidad clínica de un extraterrestre, la teoría es en última instancia una empresa condenada al fracaso en su empeño».

Creo que las cosas no son así, aunque pudieran parecerlo a quien esté decidido a verlas siempre así. La teoría de la literatura da razón de un campo del conocimiento no unificado, sus categorías entran en conflicto entre ellas en más de una esquina del discurso: autor, género, texto y lengua, época, lector son algunos de sus ejes cardinales. Cada vez que se intenta una visión que pretenda ofrecer algo que se semeje a un valor general, erigido sobre un campo acotado de saberes, se tropieza inevitablemente con alguno de los otros elementos, lo cual explica las raras asimetrías, los desequilibrios, los silencios y los dudosos juicios que las formulaciones teóricas exhiben cuando se apoyan con relativa o excesiva exclusividad en uno de estos ejes. Sus teorías, las de la teoría literaria, las de la crítica, simultáneamente explican, tal vez, demasiado; y, siempre, demasiado poco. No se abona su fracaso en una deficiencia epistemológica inmanente, sino en la naturaleza del campo sobre el que brotan sus reflexiones.

No me merecen tampoco excesivo interés las deficiencias de autorreflexividad de la teoría, supondría regresar a los tiempos más oscuros de la sofística: «¿Acaso en el arte mismo hay una cierta deficiencia, y cada arte necesita de otro arte que examine lo que es conveniente para aquél, y otro, a su vez, para que atienda a éste, y así hasta el infinito?», quien habla así es Sócrates en la *República* de Platón. Que la teoría no pueda verse a sí misma es una deficiencia que comparte con la medicina, la historia, la física, la lengua y, en fin, con la *ideología*. Lo más importante que revelan los presuntos hallazgos de la desconstrucción, en la que podría inscribirse la afirmación de Terry Eagleton, es una deficiencia con la cual no puede hacerse nada, excepto reconocerla de lejos, saludar, y hacer posible su enunciación precisamente mediante los procesos de significación cuya legitimidad epistemológica se pone en entredicho.

Si tomo como punto de partida a un autor al que, sorprendentemente, el señor Eagleton trata con descortés condescendencia, Louis Althusser, a quien estudia bajo la rúbrica del *psicoanálisis*, hallo que lo descalifica porque ha «malinterpretado gravemente a Lacan», según «la mayoría de los críticos». Pero en ningún momento explica en qué sentido ni en qué forma Althusser —ésta es su equivocación— piensa que la ideología es poco más que una fuerza opresiva, más bien es lo contrario lo que demuestra, que, aunque lo sea, casi nunca lo parece; y, en todo caso, decir sólo eso acerca de las opiniones de Althusser sí que es una grave equivocación. Mentira parece que quien se ha pasado todo un libro denunciando las briznas de la ideología en el ojo ajeno no reconozca ahora la viga ideológica en el propio. El ensayo de Althusser al que alude Terry Eagleton, «Ideología y aparatos ideológicos del Estado», contiene suficientes elementos como para reflexionar sobre los límites y posibilidades de un libro como la *Teoría de la literatura* de Terry Eagleton. Ver las opiniones de Terry Eagleton a la luz de las afirmaciones de este ensayo puede ser francamente provechoso para comprobar los límites de dos formas de pensamiento que tienen mucho de complementarias. No es sólo oportuno este análisis porque las ideas de Althusser tengan mayor valor que cualesquier otras que se les pudiera oponer, sino porque tienen la virtud de que deberían estar próximas a los propios planteamientos de Terry Eagleton, y se mueven en el mismo terreno, en el de la ideología. Althusser pretende definir la naturaleza de la ideología en las sociedades burguesas, y halla que uno de los efectos de la ideología es el de negarse a sí misma, es decir, se encuentra con «la *negación práctica*

del carácter ideológico de la ideología por parte de la propia ideología, la ideología nunca dice: 'soy ideológica'. Más adelante, la conclusión del filósofo francés dictamina inapelablemente: «Todo lo cual viene a significar que la ideología *no tiene fuera* (respecto a sí misma), pero, al mismo tiempo, que la ideología *sólo es fuera* (respecto a la ciencia y a la realidad)». Me parece a mí que esta afirmación enlaza con el carácter autosuficiente que Terry Eagleton atribuía a la *teoría literaria*. Desde el punto de vista que proporciona esta definición, el libro de Eagleton hace una singular prestidigitación, acusa a toda escuela literaria conocida o por conocer de aplicar un programa oculto lleno de perversas motivaciones ideológicas, y se presenta como desveladora del entramado ideológico que subyace a la privilegiada construcción de un sistema de referencias y símbolos al que comúnmente se llama literario. Sin embargo, lo que de verdad ofrece la teoría literaria de Terry Eagleton es, por una parte, escepticismo respecto de estas posibilidades, «la teoría es en última instancia una empresa condenada al fracaso en su empeño»; y, por otra, la abolición de las fronteras conocidas de lo que se conoce como estudios literarios: «El crítico radical es muy abierto respecto de estos asuntos: rechaza el dogmatismo que declararía que Proust invariablemente merece más la atención que el estudio de los anuncios de televisión».

La crítica política se entierra, pues, con un epitafio que informa sobre su propia defunción. Las virtudes del crítico radical las hace incomprensibles, no menos alienadas que alienantes, la declaración precedente de impotencia. La formalización de los conocimientos de la teoría literaria, en los análisis del crítico radical, por sí solos, no se sabe cómo van a hacer imposible que sus hallazgos vayan a utilizarse para reforzar el control ideológico de unas instituciones que han sido creadas con este fin tan específico, el del control social.

Entre las instituciones que menciona Althusser como destinadas a la formación ideológica al servicio de los aparatos institucionales del Estado, su cumbre se reserva para quienes están destinados a caer en la «semi-cesantía intelectual», para profesionales de la ideología «sacerdotes de toda especie que son, en su mayoría, 'laicos' convencidos». La universidad. ¿No hay una ascesis del sujeto, de salvación personal en el cuidado que pone Terry Eagleton en no contaminarse con los pecados de la ideología?

No es sólo que los hombres se representen de forma imaginaria sus condiciones reales de existencia, sino que, dadas ciertas circunstancias, incluso sin saberlo —aquí es más bien Freud que Lacan quien aparece, y a quien seguro que Althusser malinterpreta—, para salvar su presunción de inocencia, den voz a la apariencia de libertad cuando lo que se expresa, más bien, es la «la 'armonía' a veces incompleta entre el aparato represivo del Estado y los aparatos ideológicos».

Éste es el mejor de los casos, sin duda. El peor sería el de que Terry Eagleton estuviera representando un papel bien diferente, incluso a su pesar, pero con su complicidad lejana, sancionada por alguna venerable institución educativa.

El lector familiarizado con Blake no dejará de advertir ecos de las aporías que acarrea el ejercicio de la piedad. «No haría falta piedad, / Si no hiciéramos primero a los pobres» («The Human Abstract»). Ni dejará de advertir la extraña inversión del programa que prefiguran estos otros versos, y que Terry Eagleton parece interpretar de forma inconsciente: «¡Ah!, cuánta alegría nos ofrece, / Para poder destruir nuestras penas» («On Another Sorrow»). Para poder destruir nuestras alegrías, ¡cuánto dolor se nos ofrece!

El análisis que se presentaba como político resulta ser, a la postre, insuficientemente político, y en su lugar lo que queda es la truncada promesa de salvación que melancólicamente añora la raíz teológica de la que ha quedado irremisiblemente separada. Después del examen de conciencia, después de la atrición, ya se está muy cerca de la remisión de los pecados, pero he aquí que en la ciénaga de la teoría el lector se halla tan lejos del ciclo como de la emancipación prometida; y ahí se queda.

La aceptación por los medios educativos de medio mundo de semejantes teorías, y aun el alborozo ante ellas, hace pensar que hay algo profundamente turbio en su recepción, y que esa oscuridad no deja de proyectarse, de regreso, sobre el texto en el que tiene su origen: tanta crítica vertida a manos llenas sobre las escuelas teóricas precedentes —algunas de ellas se sentirían incómodas con el epígrafe de *teoría*— se evapora cuando se trata de exhibir los fundamentos políticos de las teorías propias. La política, al final, queda recluida en un exquisito recinto cuyo acceso se le niega eternamente al lector, proporcionándole de esa forma la agradable satisfacción de poder mostrar a quien lo desee una conciencia profundamente radical que, sin embargo, renuncia de antemano a modificar las condiciones de la praxis discursiva ante la certeza de su inevitable derrota. De la otra praxis, mejor ni hablar. En pocas palabras: siempre se podrá ser radical, con la conciencia limpia, mientras se sepa, sin que quepa ninguna duda, que el radicalismo sólo puede ser cómodamente verbal, y deberá acomodarse a las pautas del consumidor, a las del mercado.

Dámaso LÓPEZ GARCÍA
Universidad Complutense de Madrid
Departamento de Filología Inglesa
Facultad de Filología
28040 Madrid (SPAIN)
Fax: 34 1 394 54 78